

Catálogo Ángel Duque. Su expresión pictórica

La pintura de Ángel Duque tiene difícil explicación. Como todo lo onírico, todo lo espiritual, todo lo relativo a la energía, al impulso primigenio creador, su existencia depende de innumerables factores volitivos e involuntarios, que a la postre siempre remiten a la subjetividad del creador, a su estado de ánimo, a su peculiar gusto, por lo tanto el espectador que observa sus cuadros se encuentra frente a un acto protéico del que no siempre obtendrá respuestas, sino problemáticas cuestiones que enervarán su espíritu y, quizás, desasosiegen su alma.

Como toda creación de carácter surrealista, subjetiva, el artista, partiendo de una necesidad expresiva que le impulsa desde hace muchos años a pintar sin parar, utiliza el automatismo, que ya inventaran las vanguardias históricas, para cultivar una introspección voluntaria sobre la materia pictórica de la que resultan unos espacios amalgamados, indiferenciados, de los que surgen imágenes figurativas producto de sus necesidades expresivas, de sus preocupaciones y obsesiones. Estas solitarias figuras, abandonadas a la soledad del piélago, sobre colores inauditos y difíciles, nadan desvalidas esperando ser ayudadas, comprendidas, por todos aquellos a los que van dirigidas. Formas antropomorfos en parejas o tríos, o solo volúmenes indiferenciados, surgiendo del fondo o sobrepuestos a él, acompañadas por motivos zoomorfos, intentan ordenar un espacio de constelaciones brillantes, sofocantes ambientes, dialogando entre ellas, relacionándose, provocando al observador.

El manejo de la pintura con esmerada técnica, producto de sus años de aprendizaje, permite la aparición de aquello que estaba olvidado en el trasfondo de la mente. La abstracción sobre colores inéditos, verdaderos atrevimientos pictóricos, consigue que las estilizadas figuras se aparten del mundo real y se inmiscuyan en los vericuetos de la conciencia, esquivando el inmovilismo y propiciando la dinámica del diálogo interno, revelando necesidades expresivas similares a las de aquellos que gritan en el vacío. Más aún, Duque se posiciona, con toda razón y derecho, al margen de los esquemas artísticos clásicos, así como de las corrientes pictóricas más en boga a comienzos de siglo. ¿Cómo explicar su obcecación en el trabajo y su peculiar personalidad artística? Dejemos hablar a su obra.

Llama la atención, a lo largo de su larga trayectoria de exposiciones y catálogos, que la crítica haya resaltado sus conexiones con el surrealismo y la abstracción, olvidando su evidente carácter psicodélico: la primera impresión que, a mi parecer, muestran sus lienzos. Esos imposibles fondos con inquietantes figuras, narran, sin proponérselo el autor, unos hechos dramáticos transformados por la espátula de goma gruesa, logrando, como en el trazo creativo de la estética china, la transformación del mundo y la realidad. Como si de un potente enteógeno se tratara, su plástica pone de manifiesto la poesía inherente a cada tragedia sufrida por los habitantes del mundo de este cambio de siglos que nos tocó vivir, repleto de horrores e injusticias, pero también iluminado por una conciencia superior ordenadora, suficiente escape para aquel que no quiera caer en la loca paranoia.

Se realiza así la alquimia, el engaño, propio del creador, por medio del cual podremos ser conscientes de nuestra expulsión del paraíso, pero también de nuestra única posible salvación, el arte, y su disfrute en vida, en la tierra. El observador, entre espantado y maravillado, debe tomar posición o caer en la demente sinrazón. Y así salir de su viaje. Un comienzo, un amanecer desde lo mas oscuro. Su trabajo no es tanto deconstruir la realidad o disolverla, como construirla, orientarla, darle un nuevo sentido más cabal.

Destilando su quehacer el artista se dirige, en sus últimas creaciones, hacia una reducción de la paleta cromática, en mi opinión, centrándose en el cogollo de la problemática que le plantea cada lienzo en blanco, ante el que se enfrenta a solucionar sus necesidades expresivas. Así nos cuenta algo de él, narra una experiencia, nos presenta sensaciones espontáneas indecorosamente mostradas sobre la desnudez del trazo dibujado, para imponerse con fuerza sobre nuestras emociones. Transmitirnos.

En estas últimas obras, desde unas primeras manchas, trazando líneas y dibujando, las formas van surgiendo sobre fondos que no indican lugar alguno, formas cada vez más esenciales, fondos cada vez menos tumultuosos, caligrafías de la comunicación sin palabras, textos mudos. No hay duda alguna, su amor por las artes, su pasión por la pintura, no logran nunca acomodarse, no encuentran reposo, no se conforma con lo hecho. En su trayectoria busca siempre algo nuevo, una investigación, la resolución de lo que va pidiendo cada línea, cada atmósfera, resultando una pintura incómoda, difícil, no realizada para complacer. Siempre en conexión con la realidad de su pensamiento, de su ética, pero apartadas de ella por el acto creativo, que solo se realiza en función de que hay otro que recibirá el mensaje enviado por el emisor. Así el otro cobra una importancia crucial, en cuanto posible receptor de las intenciones del artista. “Yo, y lo que tu captas”, esa es la explicación final de la pintura de Duque. Abramos nuestra percepción y entremos por un momento en una mente inquieta.

Luis Temboury
Málaga, Enero 2004.